

LA BENDICIÓN.
CUENTO DE UN VETERANO.



CUANDO tras larga y formidable lucha
conquistamos por fin á Zaragoza,
era sargento yo; cuando en las tristes
veladas del otoño se amontonan
—como alrededor del fuego que las quema
volubles y pintadas mariposas—
sobre mi corazón grandes recuerdos,
mi espíritu cansado se remoza.
¡Grandes recuerdos de mis grandes días,
derramad vuestra luz en mi memoria!
La llama alegre en el hogar chispëa,
el vino seco dé la estrecha copa
se desliza en mis labios temblorosos.....
Hijos, llegad y oid; ¡Que Dios mē oiga!

Vencido el débil muro, nos quedaron
entonces por vencer las casas todas;
una por una las domó el asalto,
mas, antes, sus balcones, como bocas

del irritado infierno, vomitaban
 plomo asestado y vil, muerte traidora.
 Cuando el terror los ánimos invade,
 la audaz sospecha entre sus llamas sopla;
 por eso tenue voz que se difunde
 —como por el rastrojo llama pronta—
 dice al oído alerta del soldado
 que el golpe teme que al herir se emboza:
 «¡ Deben de ser *los curas* los culpables!»
 y al eco largo de la voz, la cólera
 en cada noble corazón cual muda
 y sanguinaria vibora se enrosca.
 Aunque tenaz fatiga nos rindiera,
 y aunque la mano desmayase floja,
 secos los ojos, la garganta seca
 de tanto respirar humo de pólvora,
 siempre cuando á lo lejos se veían
 cruzar entre las luces y las sombras
 de la feroz contienda los contornos
 de un sacerdote, sus talares ropas,
 el súbito fulgor de algún disparo
 iluminaba las espesas ondas
 del aire, que, partiéndose, rugía
 breve canción con descompuestas notas.

Mi batallón marchaba lentamente
 una calleja atravesando angosta,
 y vigilaba yo con el cuidado
 y con la diligencia del que explora,

viendo por todas partes y en los ojos
 concentrando el afán del alma toda.
 Ya el espacio de pronto esclarecía
 un vivo resplandor, ya voces roncadas
 luchaban con el viento, ya sollozos
 y maldiciones y blasfemias; ora
 dulce rumor de llanto comprimido,
 sordo rumor de injurias espantosas.
 Ibamos entre muertos; los soldados,
 inclinándose, todos, como dobla
 campo de trigo sus doradas mieses
 ante la brisa, en las casucas lóbregas
 entraban, y al salir sus bayonetas
 se estremecían, hasta el cubo rojas
 de sangre, que al caer diseminaba
 sobre las piedras sus calientes gotas.
 Todo calla; ni música resuena,
 ni grito zumba, ni tambor redobla.
 Todos sospechan y su marcha siguen,
 ya turbando al herido que incorpora
 sus rotos miembros, ya por las ruinas
 de fuerte muro, que en el cieno moja
 el relieve gentil donde hace poco
 la luna reflejó su luz hermosa,
 colgó el rosal sus trémulos capullos
 y la hiedra sus ramas trepadoras.

De pronto, y á la vuelta de una calle,
 una voz conmovida y temblorosa

«¡Socorro!» dijo. «¡Por piedad!» Aun pienso
 en tanto horror, y el alma se trastorna
 cual si mis ojos á mirar volvieran
 el tremendo rigor del que destroza,
 la convulsión horrible del que lucha
 y la ansiedad creciente del que implora.

En el átrio espacioso de un convento
 que rica y fuerte columnata adorna,
 y que delante de espaciosa plaza
 eleva al cielo su negruzca bóveda,
 algunos granaderos se defienden
 contra la rabia descompuesta y loca
 de treinta frailes, que con rudos golpes
 y decidido empuje los acosan.
 Demonios son. La cruz de lana blanca
 sobre sus toscos hábitos, las torvas
 miradas, los enormes crucifijos
 con que golpēan y golpēan, forman
 un extraño contraste, que los rayos
 del sol ardiente, que en el cielo arroja
 á olēadas su luz, con rojo y vivo
 y palpitante resplandor colora.
 Todos hicimos fuego. Densa nube
 cubrió los aires, y al huir, sus formas
 volubles y fugaces desgarrando,
 ver nos dejó sobre las pardas losas
 de la iglesia y del átrio, conmovidos
 por la corriente lenta y silenciosa

de sangre, que flüía por las gradas,
 tres montones de muertos.

En la sombra,
 detrás de tanto horror, la iglesia abría
 franco refugio al alma pecadora.
 Los cirios arden como puntos de oro
 que rasgan las tinieblas, y sus ondas
 vierte el incienso, y tibias, perfumadas,
 se extienden por las naves, que decoran
 imágenes guardadas tras cancelos
 ó en el fanal que irisa la medrosa
 claridad que en las altas vidrieras
 sus tibios rayos, impalpables, roza.
 Delante del altar un sacerdote
 su misa acaba. La rugiente cólera,
 el horrible fragor no parecían
 turbar su calma recogida y honda
 ni su noble fervor. Este recuerdo
 no deja descansar á mi memoria.
 ¡El temblor de la lucha no acabada,
 la sed que va secándonos la boca,
 los grupos de cadáveres, la horrible
 humareda tenaz que nos ahoga,
 y allá, en el fondo, el santo sacerdote,
 de nevados cabellos que, corona
 dan á sus sienes, y nosotros mústios,
 callados, sin movernos... ¡Ah! ¿quién osa
 ni aún respirar, cuando la dulce mano

de la emoción los corazones toca?

Yo era entonces blasfemo impenitente.
 ¡Verdad! Más de una vez cuando las tropas
 saquëaban los templos, en los cirios
 del altar encendía mi ostentosa
 pipa, que, rebosando, levantaba
 una azulada nube. ¡Qué persona
 era yo entonces! ¡Vengador! Impío!
 ¡Oh! pero al ver la caridad piadosa
 de aquel fraile temblé; sentí deseos
 de llorar. ¡Ay del triste que no llora
 cuando le duele el corazón! Yo, entonces
 ¡ay! no pude llorar; sufrí, me roba
 el sufrimiento hasta la voz; no pude.....
 ¡Hijos míos, por mí llorad ahora!!

Un oficial gritó: «¡Fuego!»

Ninguno
 le oyó. Como quien todo lo perdona
 y nada teme, el fraile de improviso
 volvióse cara á cara. Que responda
 por lo que entonces padeci, la pena,
 la ansiedad y la angustia que aun me postran.

Era llegado el imponente instante;
 el de *la bendición*. Como paloma
 al entreabrir sus alas, con su mano
 que ni aun tembló, con pausa rigurosa,

hizo la cruz y nos bendijo á todos.....
 ¡A todos, sí! Cuando las dulces notas
 de su acento clamaban: *Benédicat*
vos, omnipotens Deus..... «¡Quién trastorna
 la disciplina? ¿quién?» dijo gritando,
 y como loco, el oficial. «Que rompa
 las filas. ¡Fuego!» repitió. Y entonces
 sonó un disparo. Con nobleza heroica,
 reprimiendo el impulso de coraje
 que desde el fondo de su pecho brota,
 ni aun se movió el anciano; su mirada
 fija permaneció; la tinta rosa
 de sus mejillas pálida tornóse
 y con serena voz, conmovedora,
 siguió: «*Pater et filius.*»

¿Qué locura
 sentimos? No lo sé. Sé que en las bóvedas
 otro disparo retumbó, que el fraile
 inclinó la cabeza, que la tropa
 retrocedió espantada... Vió sus manos
 hacia el altar volverse temblorosas,
 y las miró después mostrar á todos
 la augusta santidad de la custodia;
 y otra vez nos bendijo, y por lo bajo,
 con el acento triste del que llora,
 «*et Spiritus Sanctus*» dijo, y muerto,
 tembló, cayó, rodó sobre las losas!!
 Todos retrocedimos espantados,

y entonces, con acento de victoria,
«*Amén*» dijo un tambor ¡y se rëia
con unas carcajadas horrorosas !!

¡Hijos! ¡Ah, que el dolor parta la lengua
del vil y audaz que de su Dios se mofa !



EL PADRE.